

¿SEGURO QUE NOS GUSTA LA MÚSICA?

Por: Francisco Javier Santos Sánchez

“La interpretación musical, más que una profesión es una pasión”.

Almudena Cano.

“Pienso en la música como en un menú. No puedo comer lo mismo todos los días”.

Carlos Santana.

El sentir de muchos compañeros dentro del aula podría definirse tomando prestadas a Felipe II algunas de sus palabras a propósito del descalabro de la Armada Invencible: es duro luchar contra los elementos...

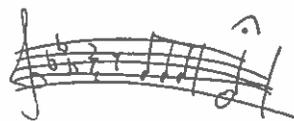
Dentro del proceso educativo nos enfrentamos a ciertos obstáculos que a veces hay que buscarlos fuera del contexto propiamente académico: una sociedad no siempre receptiva, un sistema educativo que pese a sus virtudes, que podrían encontrarse si se escarbara con bastante profundidad, da la sensación de estar condicionado por lo políticamente correcto y que en aras de esa corrección política no afronta los problemas con la sinceridad y contundencia necesarias, desviando la atención o dedicando esfuerzos y recursos a aspectos

sin una consecuencia académica significativa aunque siempre bajo el lema, como no, de la mejora de la calidad. También supone un lastre difícil de arrastrar un sistema de selección de personal cuestionado por todos los frentes, sin ir más lejos por la manera en cómo se confeccionan las bolsas de trabajo o por todo lo relacionado con las ínclitas oposiciones, que darían para empezar a escribir y no parar.

Y aparte de lo mencionado, para mí, como para muchos otros compañeros de toda la geografía española, otro de los más grandes escollos con los que tropezamos es la notable incultura musical de un porcentaje nada desdeñable del alumnado. Estoy convencido de que igual que para aprender a escribir es fundamental leer, para adquirir una formación mu-

sical completa es imprescindible escuchar música. Por lo tanto, así como me cuesta imaginar un escritor que no lea, un cineasta que no consuma cine o un pintor que no devore cuantos museos o exposiciones encuentre a su alcance, se me antoja incomprendible concebir a alguien dedicado a la música pero viviendo completamente al margen de ésta. Es verdad que el entorno de muchos niños que se inician en los estudios musicales no siempre facilita que la música forme parte de sus vidas a un nivel práctico para que la hagan suya, y éstos crecen y se forman ajenos a algo tan sencillo como un concierto de Vivaldi o una obertura de Mozart, tan sólo dedicados casi en exclusividad a las obras que ese momento estén estudiando en su instrumento y sin acudir a ningún concierto ni escuchar nunca nada más. Pero esto, comprensible y perdonable en un chiquillo de ocho o nueve años, no lo es tanto cuando supera los veinte y se encuentra realizando estudios superiores. Y no sólo el chaval no es consciente de la contradicción en la que cae, absurda y perniciosa para sus intereses personales y profesionales, sino que cuando se le intenta abrir los ojos, sus diferentes respuestas se resumirían en que tras tanta carga

lectiva, tantas horas de estudio y tanta música, lo que uno quiere el resto del día es no pensar en el tema, desconectar y pasar de todo.



F. J. Santos

Conozco gente muy cultivada, erudita, que ha leído, viajado y conoce los mejores restaurantes y que mira con manifiesta condescendencia a aquellos que no son capaces de participar en una conversación acerca de determinado asunto político, viaje, o que no pueden opinar sobre ciertos pintores, por poner un ejemplo. Sin embargo, no sé que tendrá la música que es consentido ser analfabeto musical y se justifica como normal y lógico si no se dedica uno a ello, sin caer en que si un escritor no escribe ni para críticos ni profesores de literatura ni aprendices de novelista, sino

para un amplio espectro de lectores, cuanto más dilatado mejor, un compositor tampoco compone sólo para los músicos sino para el público. Y es difícil sacar a estos eruditos del viejo tópico de que la música clásica no es otra cosa que un original ansiolítico cuyo único objetivo es el de "relajar". Pero cuando somos los propios músicos los que participamos de esa misma incultura, aparte de indefendible, el asunto adquiere tintes dramáticos para la propia música y en el caso del proceso docente sólo acarrea consecuencias negativas, entre otras el fundamentalismo de muchos instrumentistas exclusivamente interesados en aquello relativo a sus propios instrumentos y rechazando todo lo que no tenga que ver con ellos. Y claro, estos mismos instrumentistas acaban siendo a su vez profesores, con lo que el legado a transmitir a las nuevas generaciones de alumnos sólo es el único que pueden dar, cojo, incompleto y parcial, es decir, poco útil excepto para retroalimentar a los conservatorios con efectivos cuyas carencias no garantizarán en absoluto una enseñanza competitiva.

Me gusta el deporte y practico deporte; me gusta viajar y no pierdo ocasión de hacerlo cuando

las circunstancias me son favorables; me gusta leer y siempre tengo un libro entre manos. Por eso mis planteamientos y consiguientes preguntas hasta ahora sin respuestas son las siguientes: si teniendo la posibilidad de acudir a conciertos, de llenar el mp3 de infinidad de archivos clásicos o pudiendo realizar algo tan sencillo como escuchar la radio, actividades todas ellas sin apenas coste económico, ¿cuál es el verdadero motivo para no hacerlo? ¿No hay tiempo de escuchar música pero sí para irse de jarana varias veces por semana, una tras otra? ¿Está tocando un compañero y/o un amigo en una audición o en un concierto pero es más estimulante estar fumando y charlando a dos pasos, a dos mil o donde sea pero en otro lugar? Porque ni por morbo se le escucha. Y considerando que tanto la música como la docencia deberían tener un componente vocacional enorme, actuando así: ¿consideramos la música como nuestra pasión, aquello a lo que queremos dedicar nuestras vidas? ¿Somos músicos por vocación o tan sólo por inercia? Y, ¿podemos aspirar a ser músicos de verdad ignorando a la música, al igual que hiciera un escritor que no agarrara jamás un libro?

Todos, cuando podemos, hacemos lo que nos gusta, y por eso pienso que muchos músicos no sienten por la música lo que deberían sentir. Y mientras esto, como otras tantas cosas, no

cambie, la enseñanza musical en este país sólo será humo, así la disfracemos de diseños curriculares, programaciones y demás pamplinas con toda su particular palabrería incluida.